

EL MÉTODO HISTÓRICO EN GEOGRAFÍA Y EL ANÁLISIS SOCIAL DEL ESPACIO URBANO

CARMEN OCAÑA OCAÑA.

RESUMEN

El desarrollo del análisis social del espacio urbano por los métodos de la ecología factorial se ha producido con un cierto distanciamiento de otras temáticas de gran interés para la comprensión de la ciudad. Se plantean unas reflexiones acerca de la integración de estos análisis en el método tradicional de la geografía, y particularmente en su enfoque dinámico y no estático de la ciudad.

ABSTRACT

The development of factorial ecology as a method for the social analysis of urban space has produced a tendency to overlook other topics of great interest for the comprehensive understanding of the city space. In the present study, some reflections are offered on the integration of this type of analysis into the more traditional methods of geography as a discipline, especially its dynamic concept of the city.

LA PERDIDA DIMENSIÓN ESPACIAL DE LA ECOLOGÍA HUMANA.

Un rasgo que presta un interés particular, en el análisis espacial, a los postulados de la ecología humana, es su planteamiento de los procesos de competencia subsocial de los individuos, no en abstracto, sino por relación a los espacios en que se articula la ciudad. De ahí que, junto a los principios adoptados de la biología, las ideas más difundidas de esta escuela hayan sido las referidas a los modelos de la estructura urbana, explicada como producto de estos mecanismos de competencia en el uso del suelo¹.

Las críticas a los modelos formulados, así como el progresivo desvío en el análisis social, por el camino del modelo de áreas sociales, al de la ecología factorial, ha ido desdibujando el aspecto espacial y de relación con la evolución urbana, en el análisis social de la ciudad.

1. Con el término de ecología clásica hacemos referencia, como es habitual, a la Escuela de Chicago. Algunas de sus propuestas han sido muy difundidas, pero al paso del tiempo en su divulgación se ha tendido a un reduccionismo y simplificación abusiva. Como un acercamiento a los textos originales, tiene por ello un gran interés la compilación de trabajos recogidos por Theodorson bajo el título de *Studies in Human Ecology* en 1971 (THEODORSON (Edit.)). *Estudios de Ecología Humana*. 1974. Barcelona. Labor).

Se han discutido tan profusamente las limitaciones de los modelos clásicos de la estructura urbana que no merece entrar en la repetición de los argumentos esgrimidos. Sin embargo, como de otros modelos experimentalmente desmontados (puede recordarse como referencia la extraordinaria aportación al desarrollo de la morfología del modelo davisiano), su discusión ha sido científicamente muy fructífera. La idea a retener es que la competencia por el uso del suelo (razón última por la que se estructura en áreas relativamente homogéneas y diferenciadas entre sí la ciudad) se produce sobre un espacio físico concreto, con sus valores y peculiaridades.

No hay duda que tal consideración es extraordinariamente atractiva en la reflexión geográfica. Aunque bien es cierto que adoptar esta perspectiva implica abordar una temática más compleja. A diferencia del análisis de áreas sociales, que arranca del modelo de Shevky y Bell², las variables sociales no serían ya únicamente los elementos a considerar. Alternativamente, como el modelo inicial de Burgess, habrían de considerarse las variables espaciales. Pero éstas, en una perspectiva geográfica, son de naturaleza diversa, y no pueden limitarse a las características topológicas, en las que se fundaba el esquema interpretativo de aquellos modelos. Como se sabe, aquellos se formularon en relación con una situación concreta, interpretada a través de un marcado determinismo económico. El atractivo de los modelos radica precisamente en la simplicidad, sin perjuicio de su capacidad de describir, o predecir, el funcionamiento de un sistema. La dificultad radica en compatibilizar la simplicidad con la esencia compleja de los procesos urbanos.

En la tradición ecológica, la ciudad es un organismo en evolución. En la tradición geográfica esta idea resulta absolutamente familiar. El principio de evolución y dinamismo es particularmente adecuado para el análisis del subsistema urbano. En el desarrollo de estos análisis se aprecian circunstancias o factores comunes, identificable en la mayor parte de las ciudades, pero la estructura final resultante es extremadamente variable. La visión de la ciudad a través del método histórico refleja su progresiva conformación de la combinación de procesos comunes y circunstancias concretas³. Estas monografías sobre las ciudades, que podrían calificarse de estudios biográficos como se han calificado otros enfoques clásicos en Geografía, como los estudios regionales, dan las claves de la interpretación del espacio urbano a través de los procesos de su formación.

La naturaleza de estos enfoques es poco propicia a la formulación de modelos por la inequívoca tentación a la singularidad que los conduce. Sin embargo, la divergencia en cuanto a su orientación, no puede hacer olvidar que el espacio social de la ecología humana tiene una referencia al espacio físico y que se conforma, por los consabidos procesos de invasión y sucesión, ligados al conjunto de la evolución de la ciudad, igual que en la tradición geográfica.

2. El modelo de las áreas sociales surge como una teoría sobre la organización social, derivado de la noción de escala social. A partir de unos análisis empíricos, los autores proponen un modelo deductivo de la estructuración en áreas sociales a partir de tres factores de diferenciación: el estatus social, el de urbanización o familismo, y el de segregación étnica. (SHEVKY e. Y BELL,W (1955). *Social Area Analysis: Theory, illustrative, application and computational procedures*. Stanford University Press).
3. Al aludir a estos estudios se quiere hacer un reconocimiento a las monografías sobre ciudades que se desarrollaron profusamente, en paralelismo a los estudios regionales, en el marco de la geografía clásica, de los que con frecuencia se reconoce en el estudio de Montreal de Blanchard, un prototipo.

La orientación dominante en el análisis social del espacio urbano, el de la ecología factorial⁴, ha hecho más difícil el punto de encuentro de los estudios de los espacios físicos de la ciudad, de su estructura y evolución, y el análisis social. No por necesidades metodológicas, pero sí por el efecto de la práctica, la ecología factorial ha tendido a encerrar el análisis social en las propias variables analizadas, generalmente sociodemográficas, y más excepcionalmente de otra índole. La orientación metodológica ha puesto el énfasis en el análisis de los factores, y en general, la cartografía posterior de sus pesos, se ha convertido en la aportación esencial de estas investigaciones al análisis espacial. Más raramente estas nuevas variables se han reintegrado en el análisis global de la ciudad, y en el de los procesos que han conducido a su organización.

Hubo un periodo, cuando era radical la separación entre los métodos cuantitativos y el método histórico en Geografía, en el que se podría justificar este desencuentro. Sin embargo, hace tiempo que los métodos estadísticos, tales como los análisis multivariantes, o el factorial en concreto, tienen carta de naturaleza dentro del enfoque clásico de la geografía, y es menos justificable que no se realice un mayor esfuerzo hacia la globalización del análisis urbano. Los procesos y las estructuras espaciales resultantes, las sociales entre otras, forman una globalidad cuya comprensión ha sido permanentemente un objetivo del análisis geográfico.

Esta reflexión va encaminada a proponer, desde una perspectiva geográfica, la recuperación de la dimensión territorial en los análisis de la ecología factorial. Aludir a la dimensión espacial de la ecología humana es solamente para recordar que esta dimensión existió desde sus orígenes. Pero, no es estrictamente el análisis geométrico o de las formas, el más adecuado, sino el de los territorios que conforman las áreas sociales y funcionales de las ciudades. La propuesta no es, por tanto, el retorno a la ecología humana de los inicios, sino la integración del análisis socioespacial con el de los procesos de evolución de la ciudad, lo que pudiéramos llamar, con Chaline, la dinámica urbana.

De acuerdo con esta propuesta puede tener interés llamar la atención sobre algunas relaciones sustanciales entre la evolución urbana y la estructuración social de su espacio. De una parte sobre los procesos que conducen a la conceptualización social del espacio, con relación a la diferente opción a su disfrute por las distintas clases sociales. La segunda relación, la de los procesos de expansión o crecimientos físicos y sus efectos sobre la diferenciación socioespacial. La tercera, la forma en que se produce el espacio urbano, o la vivienda, y las tendencias a estructurar espacios sociales diferenciados.

LA CONCEPTUALIZACIÓN SOCIAL DEL ESPACIO Y LA DIFERENCIACIÓN SOCIOESPACIAL.

En el análisis de las áreas sociales no es la competencia individual o el análisis microsocioal el que fundamenta la segregación socioespacial, sino la estructura social que surge de un determinado nivel de desarrollo tecnosocioal. Es decir, se adopta una orientación macrosocioal

4. Con el término de ecología factorial se han denominado los análisis de áreas sociales, cuyo objetivo es extraer por métodos matemáticos (análisis factorial en esencia), los factores o dimensiones básicas por las que se conforman las áreas sociales, a partir de la información sociodemográfica disponible.

frente a las posiciones originarias de la ecología humana. La estructuración de la sociedad en clases sociales es una de las realidades mejor reflejadas en la ecología factorial (un factor constante es el de estatus social) y de una plasmación espacial más notoria.

Como generalmente se muestra en todos los análisis de áreas sociales o de ecología factorial, la diferenciación bajo este prisma del estatus social no es estrictamente una diferenciación económica, aunque sin duda tiene una relación muy estrecha. La tendencia a la segregación se explicaría en esencia por la capacidad de unos (los de más alta capacidad económica) a seleccionar el espacio donde vivir, y la postergación de otros (los de menores ingresos) a la posición de mínima elección. Se añade a ello, otro aspecto del concepto de estatus social, no estrictamente económico, que es el sentido de pertenencia a una determinada clase (o de aspiración a integrarse en ella), y la tendencia a confirmar esta pertenencia, entre otros símbolos, por la residencia.

Si el espacio fuera neutro esta diferenciación en clases sociales, y las distintas oportunidades de elección que implica, resultaría de poca incidencia en la estructuración social del espacio. Pero ciertamente que no es neutro, sino que ofrece una valoración social matizada por sus características intrínsecas y la apreciación que de ellas se tiene en función de los valores culturales. La conceptualización social del espacio apoya, por tanto, el que las diferentes oportunidades de elección de las clases sociales se conviertan en una potencial fuente de segregación espacial.

Los componentes intrínsecos del espacio urbano susceptible de modificar la apreciación del mismo son de órdenes diversos, desde los puramente naturales, a los estéticos o medioambientales, sin olvidar otro grupo de aspectos, los que le potencian su valor funcional, como puede ser la accesibilidad. En la formulación de los modelos clásicos eran estos últimos los esenciales, por el determinismo económico que les guiaba. A pesar de su importancia, no son los únicos, y merecen destacarse otros, incluidos los factores naturales. Aunque el espacio de la ciudad sea esencialmente construido, las condiciones naturales (tales como topografía, perspectivas, variaciones microclimáticas etc.) son elementos que propician la distinta valoración de las áreas. En unos casos, por una apreciación directa de estos caracteres, como ocurre con espacios físicamente muy individualizados, sea por su relieve, por constituir la orilla de un río, por formar un frente marítimo etc. Y en otros casos, por su huella en la evolución urbana, por la influencia ejercida en otros momentos de la configuración de la ciudad.

La apreciación social del espacio no es inmutable en el paso del tiempo. En los modelos ecológicos esta transformación está implícita en los procesos de invasión-sucesión, como resultado de la modificación de los componentes intrínsecos. Su transformación va ligada a la evolución urbana, el deterioro ambiental, en unos casos, la recuperación en otros, la modificación de las relaciones funcionales (nuevas arterias, modificación en los medios de transporte), etc. Son múltiples los procesos por lo que los paisajes urbanos pueden transformarse a lo largo del tiempo, tanto en lo que se refiere a sus propios componentes, cómo en la apreciación de los mismos.

Hay que aludir también al hecho de que la propia valoración está muy ligada a los valores culturales, permanentes pero no inmutables, y particularmente al uso social del espacio. La manera en que funcionan componentes intrínsecos y valores culturales en la conceptua-

lización social del espacio aparece así como un tema muy complejo, en el que incide, para mayor abundamiento, el hecho de que a cada momento de la evolución urbana, el espacio incluye como elementos intrínsecos la herencia de los usos y valores de los estadios anteriores. De ahí lo sugerentes e ilustrativos que son, en el entendimiento de la ciudad, los análisis históricos.

La idea que se propone a retener es que, por múltiples factores, sean condiciones naturales, o adquiridas por el efecto mismo de la urbanización, o por el uso social que al paso del tiempo se hace del mismo, el espacio de la ciudad no es neutro en su valoración social. Idea que cobra su sentido, por cuanto, en las sociedades desiguales, es un aspecto a considerar en la comprensión de la estructuración del espacio urbano en áreas sociales.

CRECIMIENTO URBANO Y DIFERENCIACIÓN SOCIAL.

La relación entre la expansión de la ciudad y la estructuración en áreas funcional y socialmente diferenciadas es uno de los presupuestos asumidos en las teorías de la estructura urbana. La concepción de la ciudad como un subsistema apoya también la imagen de que a los procesos de expansión correspondan otros de reestructuraciones interiores. Este es un presupuesto que apoya el estudio de la dinámica urbana como un proceso global, en el que lógicamente quedan incluidos los espacios sociales.

La idea que se propone a reflexión es en qué medida las diferencias en la dinámica urbana apoyan o debilitan los procesos de segregación socioespacial. Aislar esta reflexión de la anterior, sobre la conceptualización social del espacio, o de la que a continuación se hace sobre las formas de producción de la ciudad, es perder la globalidad del enfoque necesaria. Se ha preferido, sin embargo, a fin de resaltar un aspecto concreto, cómo la intensidad de los procesos de evolución de la ciudad apoyan la intensidad de la segregación socioespacial. La observación de algunas ciudades, entre ellas las mayores de Andalucía, apoyan estas consideraciones⁵.

A un avance lento de las ciudades andaluzas hacia el espacio rústico circundante han seguido, después de los sesenta, unas décadas de expansión territorial importante. Nuestra comprobación es que en esta expansión, relativamente acelerada, el crecimiento físico de la ciudad se ha asociado a una acentuación de su estructura en áreas funcionales y particularmente en la diferenciación de los espacios residenciales que fundamentan la sus áreas sociales. Lo observado apunta a que se ha jerarquizado el valor de estas nuevas periferias en función de factores múltiples, bien sean los relativos al medio natural (paisajísticos, ambientales), o los

5. El conjunto de reflexiones que se vierten en estas páginas es expresión de las que han ido sugiriendo la observación de cómo se articulan en áreas sociales las ciudades andaluzas. El análisis repetido con diez años de separación sobre la ciudad de Málaga, nos confirma en las opiniones vertidas en el primero de aquellos estudios (OCAÑA (1985). Estructuras demográficas y áreas sociales en la ciudad de Málaga. Sevilla. Junta de Andalucía). Hemos querido, sin embargo, ampliar el horizonte de estas observaciones, con el estudio de las diez ciudades andaluzas de más de 100.000 habitantes. Proyecto desarrollado en 1995 con subvención del Instituto de Estadística de Andalucía.

derivados de las actividades o usos ya establecidos, muy especialmente de los equipamientos disponibles o en su momento programados.

Así, en la perspectiva de su conversión en una nueva área residencial el espacio urbano no consolidado se prefigura ya (como la ciudad misma) con diferentes valores. El proceso de su urbanización acelerada, en general no solo confirma, sino que acrecienta, este diferente valor potencial. Lógico, y posteriormente volveremos sobre el tema, por cuanto a ello se tiende por el propio planeamiento, al zonificar la ciudad, o por los agentes inmobiliarios al enfocar su actuación, especialmente si de grandes operaciones se trata, a estratos determinados de usuarios. De modo que, la propia urbanización, como producto, termina configurando espacios o piezas urbanas de diferentes calidades, tanto, objetivamente considerados, como de acuerdo a los valores sociales del momento. De ahí que las nuevas periferias urbanas puedan ir estructurándose como espacios sociales fuertemente diferenciados entre sí.

Con matices, cabe afirmar que en las ciudades andaluzas este crecimiento acelerado, generador en sólo unas décadas de unas amplias periferias que duplican en algunos casos a la ciudad tradicional, ha generado espacios sociales muy definidos. Su homogeneidad interior difiere de gran parte de la ciudad tradicional, más neutra y socialmente entremezclada, que aparece consolidada por los años cincuenta, tras una dinámica previa de procesos más lentos de expansión, compactación y renovación.

Pero no obstante, la dinámica reciente del espacio interior incide también en la segregación socioespacial. Los procesos naturales de deterioro físico de la ciudad histórica, pueden conducir, por su progresiva devaluación, a sustituciones por clases sociales menos pudientes. Pero puede inducir a todo lo contrario si el deterioro aboca a la renovación urbana. En tales circunstancias el valor de estas áreas se acrecienta al integrar los valores propios de la centralidad a los de la renovación urbanística.

La categoría de estos fenómenos, sea la escala alcanzada por las bolsas de deterioro físico, o por las operaciones de remodelación o renovación de la ciudad tradicional, es el detonante de la más reciente diferenciación social de esta parte de la ciudad. Así, los núcleos centrales, con mayor integración, en general, en las clases sociales de sus ocupantes, llegan a hacer coexistir, en cortas distancias, las áreas de mayores contrastes: las de mayor estatus social junto a guetos marginales.

Los efectos de los procesos de la evolución urbana, como los comentados, no son independientes de la propia estructura de la sociedad, puesto que son procesos que están guiados, en su esencia, por las condiciones del mercado. Esta circunstancia debe ser especialmente considerada, y la realidad de nuestras ciudades lo confirma. La expansión acelerada de las periferias en fases de crecimiento poblacional intenso, apoyado en los aportes inmigratorios, que hasta los ochenta incluía mayoritariamente éxodo rural, puede explicar la generación de las extensas orlas de una periferia de escasa calidad urbanística que ha ido asimilando una nueva población en general de ingresos poco elevados, gracias a los apoyos oficiales. Distinta a los crecimientos periféricos posteriores, de reubicación de población urbana, clases sociales más acomodadas, en general pausados y no coincidentes necesariamente con las mayores pulsaciones demográficas.

Si la intensidad de la dinámica urbana parece apoyar procesos más intensos de diferenciación socioespacial, ésta no puede entenderse al margen de la estructura de la sociedad como se aludió anteriormente. Con similares procesos de expansión o remodelación interior se puede llegar a estructuraciones sociales del espacio diferentes, por lo que tampoco debe desprender una interpretación mecanicistas entre ambos procesos. El nivel de la desigualdad social es la otra cara a considerar. El carácter más o menos homogéneo de la sociedad urbana, la fuerza de las clases sociales más diferenciadas, o, por el contrario, el peso más abrumador de las clases medias urbanas, matiza extraordinariamente la intensidad con que los procesos de expansión o remodelación se plasman en áreas sociales diferenciadas en su estatus social.

Es importante considerar también que en otro aspecto, el referente a las diferencias en el ciclo vital o estatus familiar de las poblaciones, la evolución física de la ciudad está en los fundamentos de la diferenciación en áreas sociales, por cuanto interfiere con las pautas de la movilidad residencial.

Las motivaciones de la movilidad residencial son múltiples, pero en esencia responden a la búsqueda de la satisfacción de las necesidades, o aspiraciones, de la población en cuanto a residencia (variable en el trayecto de la vida, con los cambios familiares y de estatus) de acuerdo a las posibilidades de un mercado más o menos transparente. La cuestión es en qué medida la expansión, y la renovación urbana va orientando espacialmente, con la oferta de viviendas, los estratos sociales que se ven atraídos a los distintos sectores de la ciudad.

La comprobación de los innumerables estudios de ecología factorial de la existencia de un factor de estatus familiar o de ciclo vital en la estructuración de las áreas sociales, no es ajeno a la existencia de una relación muy precisa entre dinámica urbana y movilidad residencial. En esta relación, sin ignorar los factores ligados al estatus social que guían también la movilidad, son los cambios en el estatus familiar los que se hacen más claramente perceptibles. Podría avanzarse la idea de que las nuevas áreas urbanas (o bien las renovadas) asientan en cada momento al segmento de población más móvil, el de las nuevas familias, y secundariamente al segundo segmento en cuanto a movilidad, el de las familias de ciclo vital medio, en fases de superación o consolidación de su estatus económico.

En consecuencia, el espacio urbano se estructura en áreas de juventud diferente en una secuencia tan regular desde el centro a la periferia como lo haya sido el proceso temporal por el que se ha ido extendiendo y compactando el espacio urbano. Las irregularidades formalmente perceptibles en esta secuencia, generalmente pueden explicarse en función de los hiatos en la expansión hacia el exterior de los crecimientos, e igualmente en función de las operaciones de cierta envergadura de renovación interior.

A su vez, la movilidad ligada al ciclo vital, no es ajena a las condiciones económicas, y la interferencia puede generar resultados disconformes con la anterior propuesta, por lo que la interpretación mecanicista tampoco en este aspecto es prudente. El mercado de la vivienda es ciertamente complejo. El deterioro del parque inmobiliario, al ser abandonadas por sus anteriores usuarios, puede generar oferta de viviendas en el espacio interior, por lo que se rompe la relación entre época de producción y ciclo vital. Contrariamente, nuevos espacios, incluso periféricos, pero de alta valoración social, pueden sólo atraer familias moderadamente jóvenes, en relación a una movilidad más ligada a la superación de estatus que al asentamiento inicial al formar nueva familia.

También en este aspecto la propia intensidad de las dinámicas de expansión y de renovación interior pueden matizar y diversificar estas relaciones. Los procesos continuados de remodelación (por oposición a los de amplias renovaciones) puede inducir a mantener jóvenes familias junto a otras envejecidas en las zonas centrales, igual que sobre los bordes de las ciudades los procesos lentos de compactación más que de rápida expansión al exterior pueden amortiguar las diferencias. Pero también en estos casos las relaciones entre las estructuras del ciclo vital de las áreas y las dinámicas seguidas en la evolución urbana más reciente parecen confirmadas.

LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO URBANO Y LA DIFERENCIACIÓN SOCIOESPACIAL.

Una última relación sobre la que parece oportuno incidir, aunque pudiera resultar innecesaria por su propia obviedad, es la que se establece entre los procesos de producción del espacio urbano, urbanización y edificación, con la estructura socioespacial. La materialización del estado del mercado lo concretan las actuaciones de los agentes privados, empresas urbanizadoras y constructoras o inmobiliarias, que se desenvuelven como respuesta al mismo, aunque dentro de los condicionantes que opongan el marco legal, y la capacidad o celo por su cumplimiento de las instituciones.

La raíz de la diferenciación social del espacio es compleja pero se concreta, en un mercado libre, en el diferente valor del suelo, tal como lo enfocaban las teorías ecológicas. La estrecha relación entre el precio del suelo y de la vivienda, conduce a la estructuración de espacios sociales homogéneos, respecto a los cuales el mercado libre tiende a generar los que responden a la demanda de los grupos solventes.

Un aspecto esencial del planeamiento con relación a la producción de la vivienda y la estructura de áreas residenciales, es su función en la regulación del precio del suelo. Objetivo que en la legislación española se ha incluido ya explícitamente en el texto refundido de la ley de 1992, cuya importancia no se oscurece si se atiende a la tendencia alcista de su valor, por encima de los restantes coste de la vivienda. Los instrumentos legales preexistían, y esta regulación podría realizarse a través de la calificación y las determinaciones del suelo. Como se ha dicho, calificar el suelo significa no una simple división del suelo en distintas categorías, sino una autentica ordenación de la propiedad privada, que incluye el señalamiento de derechos, deberes, límites y cargas. Es, por tanto, un instrumento mediante el cual el planeamiento municipal fija el contenido del derecho de la propiedad del suelo⁶.

A pesar de ello, los precios del suelo, como se presupone en las teorías de la estructura urbana en una situación de no intervención pública, permanecen como un fundamento esencial de la diferenciación del uso del espacio urbano. La ordenación urbana tendría como objetivo, en este aspecto, regular el mercado del suelo e impedir las tendencias especulativas. Sin

6. SÁNCHEZ CASAS, C.(1981). "La calificación del suelo, sistemas generales y aprovechamiento medio" Ciudad y Territorio, nº1 69-77.

embargo, con demasiada frecuencia se manifiesta poco capaz de controlarlo, cuando no actúa como un factor de acentuación de las mismas. Sea, unas veces, por la lentitud en que se desenvuelven los trámites administrativos (en este sentido cabe recordar el enrarecimiento que supone un proceso dilatado de revisión del planeamiento vigente). O sea, por incidir en una escasez de suelo, generalmente no tanto por la limitación del así calificado, como por la escasa capacidad para gestionarlo o urbanizarlo.

Aunque sean complejos y matizables los efectos de la práctica del planeamiento urbano, en lo que se refiere a su función de corrector o encauzador de las tendencias libres del mercado, (que no significa necesariamente su involución), no se puede pasar por alto la negativa incidencia en la estructura urbana de períodos y circunstancias que ha hecho inoperante el planeamiento frente a los intereses privados. Particularmente, en épocas recientes, cuando tal situación ha coincidido con momentos de amplios crecimientos.

Pero un aspecto a considerar es en qué medida el desarrollo del planeamiento, con las distintas figuras que se articulan desde el plan general, planes parciales, planes especiales etc., ha ido conduciendo la producción de la ciudad, sean o no por iniciativa pública, por el camino de piezas o polígonos, como fragmentos homogéneos en su interior y diferenciados entre sí. Esta individualidad es generalmente asumida, como se advierte en la frecuencia de la identificación popular de estos espacios bajo el término de "urbanización" en sustitución de otras expresiones de la unidad vecinal o del barrio, respecto a los que incluye, como elemento diferencial, límites físicos precisos, y contenidos morfológicos y sociales muy uniformes. Como piezas en cierta medida autónomas, a veces auténtico obstáculos desde el punto de vista de la articulación física, se configuran como áreas sociales de una gran homogeneidad, de modo que las teselas que forman, en palabras de Timms, el mosaico urbano⁷ saltan, gracias a este modelo de crecimiento, de la dimensión micro a unas dimensiones realmente considerables, y de alguna manera prefiguradas o dirigidas desde el planeamiento.

Cierto que del planeamiento cabe esperar una ciudad más eficaz, con un crecimiento ordenado. También más habitable. Pero no necesariamente una ciudad socialmente más integrada, a la que no tiende el fundamento teórico que lo ha ido animando. Pues a pesar de la evolución de las distintas generaciones de planes urbanos, nunca se disipa el racionalismo que anima la estructuración zonificada de la ciudad. En cuanto a áreas sociales, la zonificación incide en las tendencias segregativas. La forma en que conduce la distribución espacial de usos y de equipamientos, compromete el valor de las áreas como espacio de residencia.

En los efectos segregadores del juego libre del mercado no hay necesidad de insistir, pero como éste no funciona en estado puro, sino mediatizado por políticas de viviendas, las formas en que éstas han ido funcionando también constituyen factores explicativos de la estructura socioespacial resultante.

Las políticas adoptadas en el tema de viviendas, explican elementos muy significativos de la estructura social de la ciudad. Aún más su inexistencia, como la urbanización marginal demuestra en la estructura socioespacial de la ciudad del tercer mundo. El mercado se muestra

7. TIMMS, D.W.G. (1971). *The urban mosaic*. Londres. Cambridge University Press.

insistentemente incapaz de acomodar oferta y demanda, debido a los crecientes costes de la edificación con relación a las rentas familiares. Sólo con apoyo público la iniciativa privada aborda la producción de viviendas populares. Su ausencia, o insuficiencia, tiene como consecuencia la urbanización marginal, y en otros casos fenómenos de reubicación fuera de los espacios urbanos, cuya virtualidad se va acentuando, con los fenómenos de metropolización.

La intervención pública en la producción de viviendas ha sido, en general, subsidiaria del mercado, por lo que se ha orientado a cubrir la demanda no solvente. De ahí que, cuando se ha concretado en amplias operaciones, hayan configurado polígonos de una fuerte homogeneidad social, que han ido adquiriendo al paso del tiempo, perfiles muy diferenciados dentro del espacio físico y social que le rodea, particularmente las más antiguas que han quedado englobadas en el conjunto de la ciudad tradicional. Morfológicamente, en muchos casos, su individualidad en el conjunto de la ciudad salta a la vista, pues algunas de estas promociones se inscriben como una tipología uniforme, muy individualizada frente a su entorno. Todavía puede reconocerse en muchas ciudades barriadas populares del tipo "Ciudad Jardín" que responden a las actuaciones de la Dictadura de Primo de Rivera para asentamientos obreros, ligadas a la promoción de casas baratas. Pueden invocarse otros muchos ejemplos, aún más significativos. Por lo genérica en cuanto a su presencia en todas las ciudades, y también por su amplitud, podemos recordar la huella dejada por el urbanismo asistencial del periodo autárquico. A la carencia de vivienda para los segmentos de clases sociales medias-bajas, y bajas, dentro del contexto de precariedad económica en que se desarrolló el país en estos años, se intentó dar solución con la construcción de un amplio número de barriadas populares que desbordan el perímetro de la ciudad consolidada en busca de terrenos baratos, incumpliendo incluso, en algunas ciudades, las normativas del entonces incipiente planeamiento. Estos conjuntos, resueltos muchos de ellos con una gran dignidad urbanística, adolecieron, en general, de una grave precariedad en cuanto a construcción, lo que ha acentuado su deterioro al paso del tiempo. Se intercalan hoy, con su característico aire ruralizante, entre la ciudad tradicional y la de expansión reciente, conformando espacios socialmente muy definidos. Tal uniformidad proviene de un generalizado bajo estatus social de sus ocupantes, y de la ya avanzada etapa del ciclo vital de la mayoría de las familias. Como área social refleja, así, la pervivencia de una actuación concreta en política de viviendas que asentó a jóvenes familias de bajo poder adquisitivo en los años cincuenta y comienzos de los sesenta.

La producción de viviendas para asentar a estratos muy uniformes de población, particularmente de escasos recursos, tiene antecedentes más antiguos, y también y posteriores, a los dos ejemplos referidos. Experiencias urbanísticas como las unidades vecinales de absorción entre las fórmulas del urbanismo posterior, o las barriadas obreras del siglo pasado, marcan su presencia en la estructura social del espacio urbano, como espacios de muy bajo estatus social, incrustados unos en la periferia histórica, o formando parte como reductos de cierto envejecimiento de la orla exterior de la ciudad actual.

Al resaltar los efectos en la estructura social de la ciudad de las intervenciones públicas, sean a través de las políticas de viviendas como desde el planeamiento, una mención especial merece los efectos de las grandes operaciones urbanísticas, sean de dotación de infraestructuras, de urbanización o de renovación urbana.

Tales intervenciones han dejado impactos muy fuertes en la estructura socioespacial de nuestras ciudades. Muchas de las más importantes se han producido con anterioridad a que el

planeamiento formara parte de la practica cotidiana. Una referencia obligada, cuando se observan ciudades de nuestro ámbito cultural, es la relativa a las grandes intervenciones de la ciudad histórica llevadas a cabo en el siglo pasado o en el primer tercio del presente, realizadas al amparo de la Ley de Saneamiento y Reforma Interior de las Poblaciones de 1895 (y su reglamento de 1896) o de las normativas legales que de 1860 a 1892 se suceden en la regulación de los Ensanches. Han dejado huella esencial en la morfología urbana y han implicado igualmente el desenvolvimiento posterior de las áreas sociales urbanas, por su doble incidencia en la transformación física y del uso social de determinados sectores de la ciudad antigua o sus alrededores, y la revalorización de la conceptualización de estos marcos en el conjunto del espacio de la ciudad.

En el mantenimiento del valor simbólico de los centros de nuestras ciudades han representado un papel esencial. Han corroborado también la apreciación común de estas áreas, en cuanto a espacios residenciales, como símbolos en sí mismas de alto estatus social, por la originaria ubicación en ellas de la burguesía. Apreciación que ha permanecido muy afianzada, incluso en los casos en que, debido al progresivo debilitamiento de su función residencial, van configurandolo como áreas sociales de perfiles muy particulares, reliquias de sus anteriores caracteres⁸. Población que podría decirse atrapada es estos espacios conquistados por las actividades de servicios, en razón de la edad o de otras circunstancias personales; grupos sociales (jubilados, pensionistas etc.) que con frecuencia disfrutaban de menor capacidad económica que de posición social; sostenida, en ocasiones, por el mantenimiento de unos alquileres espacialmente bajos por su antigüedad, a pesar del elevado valor del suelo.

En estas huellas del urbanismo del siglo pasado se encuentran prefiguradas algunas de las estructuras socioespaciales más significativas de la ciudad tradicional. La forma en que se recorta bajo las colinas de la ciudad histórica granadina, ocupadas por clases populares, la ciudad de alto estatus social a través del eje de La Gran Vía, es un de los ejemplos entre tantos, que pueden encontrarse en las ciudades españolas.

La capacidad y la incidencia de las operaciones públicas de renovación urbana o de generación de infraestructuras en la transformación social del espacio urbano, se suceden a lo largo del tiempo. Volviendo sobre las ciudades andaluzas, cabe recordar la variedad de las mismas producidas en nuestros días: desde la generación de espacios de alta calidad urbanística, como La Cartuja de Sevilla y sus entornos, al diseño y promoción de unos espacios de nueva centralidad, como lo fue en la capital malagueña el Polígono Alameda, a la generación de nuevos ejes de crecimiento, en relación con las vías rápidas de articulación surgidas con las variantes urbanas, las nuevas rondas o circunvalaciones. En un plazo medio sus efectos en la estructura socioespacial se hará muy evidente. En algunos de los casos aludidos, ya ha ocasionado una transformación muy profunda respecto a los contenidos, como área social, de unas décadas atrás.

8. Tuvimos ocasión de comprobar las peculiaridades de las unidades familiares, en el sentido apuntado, en un estudio sobre la población del centro de la ciudad de Málaga, del que se recogen algunos resultados en el artículo "La población del centro de las ciudades. Observaciones a propósito de la ciudad de Málaga" *Baetica* 12, 1989, 37-83.

CONCLUSIÓN.

En el entendimiento de las áreas sociales los procesos de la construcción de la ciudad permiten un marco de interpretación de las pautas de su estructura espacial sobre el que es importante indagar. Las áreas sociales de la ciudad tradicional pueden interpretarse en claves de permanencia o desestructuración de la ciudad histórica, de los procesos de su renovación, de degradación, o de la herencia de una remodelación ya acaecida en el siglo pasado. La integración social (es decir, la menor segregación entre clases) de la ciudad media o del conjunto de la ciudad interior, puede entenderse en términos de estabilidad o lentos procesos de la dinámica urbana de la primera etapa de esta centuria, sin perjuicio de los enclaves de perfil social muy definido que se recortan en ella, como fruto de actuaciones urbanísticas muy puntuales en el tiempo, como algunas de las comentadas, de carácter asistencial esencialmente, o nuevos procesos de ensanche. Las tendencias especulativas del suelo, los procesos de su conversión en espacio urbano, a la luz de las coyunturas socioeconómicas y las demandas sociales, del distinto juego de la administración pública y del mercado, pueden ser las claves para modelizar las distintas formas de las actuales periferias urbanas y de las que se están prefigurando actualmente.

Difícilmente puede expresarse el juego de estas influencias en un modelo geométrico simple. Ciertamente que las razones que aparecían en la base de los modelos clásicos, son tan efectivas, que en el fondo de la estructura de cada ciudad puede fácilmente encontrarse un vago reflejo de la organización radial o sectorial previstas. De ahí que permanezcan como un referente, lejano en general, en los esquemas de interpretación de las estructuras urbanas.

La modelización de esta estructura en virtud de un uso del suelo, bajo la única guía de las motivaciones económicas, no puede reflejar de manera satisfactoria la realidad, por todos los factores culturales y sicosociales que pueden desvirtuar esta influencia, aun aceptándola como dominante. La dinámica de expansión y crecimiento al exterior, con ser tan determinante de la progresiva reestructuración del espacio interior de la ciudad, no es suficiente en sí misma para entender la estructura social del espacio urbano, como tampoco su forma o su estructura funcional, por la complejidad de procesos que se combinan en la dinámica urbana de un período dado, y la influencia en la misma de situaciones precedentes.

La imposibilidad de reducir el funcionamiento del subsistema urbano a un modelo simple y esquemático no debe llevar, sin embargo, a la renuncia a entender, modelizar, o generalizar su funcionamiento. No es la línea dura de la casuística particular la que debe prevalecer al buscar la conjunción del método ya consolidado del análisis de la ecología factorial con el método tradicional de la geografía. De su interpretación del espacio como un proceso de interacción combinada de fuerzas físicas y sociales, en el que se inserta el análisis histórico, no como un objetivo en sí, sino como la clave de ciertas explicaciones. La advertencia frente a los análisis únicos ha prendido fuertemente entre los geógrafos. Los análisis singulares deben enfocarse a la generalización y a la explicación de la interrelación de los distintos elementos del espacio físico y social de la ciudad. Nada nuevo en el enfoque geográfico, pero del que, con frecuencia, hacemos dejación los geógrafos.